

Radios de bolsillo



La Compañía norteamericana Sentinel Radio Corporation, de Evanston (Illinois), se propone emprender la fabricación de pequeños aparatos de radio que puedan llevarse hasta en un bolsillo del chaleco por el sexo feo, y en la blusa o en el bolso por el bello. Tales aparatos serán más pequeños que los de radio o fotográficos fabricados antes de la guerra. A base de baterías, permitirán una recepción excelente. Su antena está contenida en el hilo que va desde el aparato al auricular colocado en la oreja.

Esos aparatos pueden funcionar sin molestia para nadie, en la calle, en trenes, en aviones y hasta en el silencio de una biblioteca. El auricular estará lo más disimulado posible y se parecerá a los modernos aparatos para sordos. La radio, las baterías y las válvulas están alojadas en un pequeño estuche.

P. C. H.



Tercera época

Núm. 46

De corredor de libros a inventor

Don Agustín Martínez nos habla de algunas modalidades de su invención, aplicadas a las máquinas de recouchutado

Es curioso el caso del señor Martínez; un caso, que demuestra como las aptitudes de que uno está dotado, se manifiestan de pronto, aun después de transcurridos muchos años de ejercer una profesión totalmente ajena, a aquella que fué atractivo de nuestras primeras aficiones.

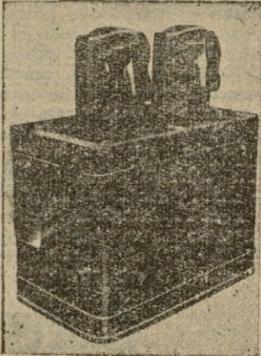
Veamos. Don Agustín Martínez Magán, que es murciano, pero que radica en Mallorca, desde hace más de veintidós años, y mallorquines son su mujer y sus siete hijos; decidió instalarse definitivamente aquí, y abandonar su profesión, que ejerciera en Barcelona, como mecánico de la casa Hispano-Suiza de automóviles.

A la sazón, el señor Martínez, tenía un hermano que era jefe de la sección de ventas de la casa editora «Montaner Simó, S. A.» de Barcelona; y fué éste, quien le proporcionó a su hermano, el puesto de corredor de libros de la expresada Editorial, con jurisdicción en toda la provincia de Baleares.

Muy pronto destacó el señor Martínez, en su nuevo empleo, y puede dudarse de que haya nin-

gún bibliófilo, en Palma, que no haya tenido tratos con él, a lo largo de nueve años consecutivos.

Pero, en 1936, a raíz del Movimiento al quedar incomunicada Mallorca con Barcelona, y por tanto, sin poder llegar aquí los libros que necesitaba el señor Martínez, se vió éste en la ne-



La máquina de vulcanizar automática, cuya nueva modalidad funcional, es debida al señor Martínez

cesidad de buscar un nuevo empleo; volviendo a su antiguo oficio de mecánico, que ejerció en seguida, en la casa «Manufactura General del Caucho», pasando más tarde, a la «Alpargata Mallorquina», como jefe de vulcanizado, en cuyos talleres le fué abierto ilimitado crédito, a fin de que a la vista de ciertos reparos por él expuestos, pudiera llevar a cabo cuantas reformas estimase convenientes para mejorar la maquinaria puesta bajo su custodia; modificaciones que realizó a satisfacción y que al ser conocidas por un importante industrial de Barcelona, indujeron a éste, a llamar al señor Martínez, para que pusiera en funcionamiento una máquina para esta industria, con la que se llevaban gastados más de 100.000 pesetas, lo que se logró plenamente. Fué entonces, después de muchas horas de intenso trabajo dedicado al manejo y mejoramiento de esas máquinas, cuando el señor Martínez, concibió la idea, de fabricar una por su cuenta, aprovechando la gran experiencia adquirida en la materia; una máquina, que debía dar un rendimiento superior a todas las conocidas. Y puso manos a la obra vendiendo para cubrir los gastos de tal empresa, una finca de su propiedad que tenía en Barcelona; consiguiendo después de improbos trabajos y has-

(Continúa en la siguiente pág.)

En Norteamérica faltan novios o sobran novias

La guerra ha obligado a las agencias matrimoniales a remozar sus sistemas, y una de las innovaciones son los tragaperras casamenteros

Cierto es que un hombre solo está siempre en mala compañía. Pero un buen día, aquel cojo sentimental y loco que se bañaba desnudo en el Pireo, hizo las siguientes declaraciones: «El hombre no puede vivir sin la mujer; pero con ella, tampoco.»

Parece que en esta postguerra, los norteamericanos han olvidado la primera parte del argumento de Lord Byron («el hombre no puede vivir sin la mujer»), y en cambio, se han mostrado decididos partidarios de asimilar la segunda: («... pero con ella tampoco»).

Aparte de poseer este concepto sobre la vida, muchos jóvenes norteamericanos han recorrido Europa y se han llevado a su país un surtido importante de muchachas inglesas; y algunas italianas,



Una pareja europeo-americana

francesas y hasta alemanas. Con lo cual, teniendo en cuenta que las muchachas norteamericanas no tuvieron oportunidad de venir a Europa — la U S Army no absorbía tantas mujeres como hombres — llevándose a Norteamérica otra cantidad equivalente de garzones europeos, fácilmente se deduce que en Norteamérica faltan novios, o lo que es lo mismo; sobran novias.

Porque, además, debe añadirse que las antiguas prometidas que vieron partir a sus amados hacia las islas del Japón o hacia los campos de Europa, han sido encontradas, en la repatriación de los soldados un poquito mayores que en los días que despedían a sus novios con los pañuelos desde los «clocks» de Nueva York.

Añádase también que muchos norteamericanos aun no han sido repatriados, y aquellos que, desafortunadamente, no podrán ya hacerlo por haber dejado su vida en los lugares de las batallas.

Por todo ello, las agencias de matrimonios, tan extendidas por todo Norteamérica, se encuentran hoy con un volumen muy menguado de operaciones. Y para incrementar sus negocios, recurren, con fantasía de buena calidad yanqui a todos los recursos que la experiencia comercial ha ido acumulando en el acervo del progreso humano. No han desdeñado de recurrir incluso al maquinismo, para fomentar el cultivo de las aspiraciones sentimentales de los sobrinos del tío Sam.

De la misma forma que todo el Manhattan está profusamente

aprovechado de máquinas tragaperras que por unos centavos desembuchan un bocadillo de jamón, un paquete de pastillas, una tarjetita con el peso del cliente, unos chocolates o una copa de vino generoso, pensaron las agencias de matrimonios en aprovechar la idea haciendo que la máquina, contra recibo de una cantidad convenida, retribuyese con una novia. Eso es, con una novia. O, por lo menos, con la fotografía y ficha completa de una muchacha cantante, con detalles conducentes a crear unas relaciones tiernas con epílogo nupcial.

Y he aquí que la idea ha sido puesta en práctica, y sus primeros éxitos han sido tan rotundos que las máquinas tragaperras que retribuyen honestas novias en lugar de chocolates, se han prodigado por casi todas las ciudades yanquis que poseen alguna importancia.

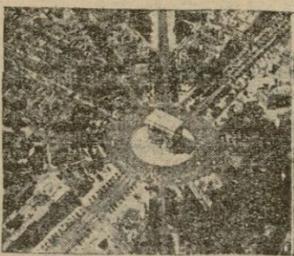
Pasa a la página siguiente)

Francia, bajo el terror comunista

El alcalde de Limoges roba veintiocho millones de francos y fusila a todos los no soviéticos. — «Desde las once de la noche sólo se puede andar por París en coche blindado». — El martirio antes de la ejecución es hoy acontecimiento diario

Un muestrario de brutalidades extraído de la Prensa francesa

Sentimos compasión hacia un país que llega a esos extremos. Pero al mismo tiempo les acusa-



mos de fariseísmo, de hipocresía y de villanía. Los mismos comunistas que se mesan los ca-

bellos protestando a gritos por el fusilamiento de catorce foragidos, son reos de mayores crímenes que los propios fusilados españoles. En el mismo país donde hipócritamente se aulla contra España, se cometen atropellos y crímenes increíbles para el siglo XX de no ser éstos, por ellos mismos revelados.

No testimoniamos por relatos de extranjeros en Francia. A lo largo de nuestras lecturas de Prensa hemos ido recortando pacientemente noticias, artículos de fuente originariamente francesa que reflejan el estado de odio y salvajismo a que han llegado las masas francesas envenenadas por

el comunismo. La paciencia española no se ha colmado todavía, pero si llegó el momento en que es preciso devolver acusación probada por injuria, y que algunos incautos españoles vean de una vez lo que sucede en la «dulce Francia».

LOS CRÍMENES COMUNISTAS CONTADOS POR «LEPOQUE»

En su número del 1 de enero, «L'Époque» clamaba contra los acontecimientos ocurridos en Euzerria. Algunos de los párrafos de aquel artículo decían textualmente lo siguiente:

«Uno de los antiguos detenidos de Tronçais ha visto a una

mujer desnuda por sus atormentadores, quienes la arrastran»

(Continúa en la siguiente pág.)

El caso más curioso de la guerra

Ha empezado a circular el caso más curioso de la guerra. Se refiere a dos prisioneros capturados por los ingleses al cruzar el Rhin. Ante ellos todos los intérpretes fracasaron, y sólo cuando un oficial británico, que había estado en la India en misión especial, se le ocurrió hablarles en tibetano, los dos prisioneros empezaron a sonreír y a charlar por los codos...

—Bien—dijo el oficial—. ¿Cómo estaban ustedes luchando con los alemanes?

Los tibetanos se asombraron mucho. Ellos no sabían a favor de quién luchaban...

—Verá usted—se explicaron—. Hace años nos encontrá-

mos trabajando nuestros campos cuando se presentaron unos uniformes castaños, nos dieron unos fusiles y nos dijeron: «Adelante». Estuvimos pegando tiros hasta que nos cogieron unos uniformes verdes, nos dieron unos fusiles y nos dijeron: «Adelante». Después vinieron uniformes grises y otros fusiles, y también: «Adelante». Luego nos apresaron otra vez los verdes, más tiros, y «Adelante». Ahora vuelven los uniformes castaños, y ¿dónde quieren ustedes que peguemos los tiros? Desde que salimos de nuestras tierras no habíamos podido hablar nuestra lengua con nadie... ¡Por fin vamos

a saber contra quién tenemos que disparar nuestros fusiles!

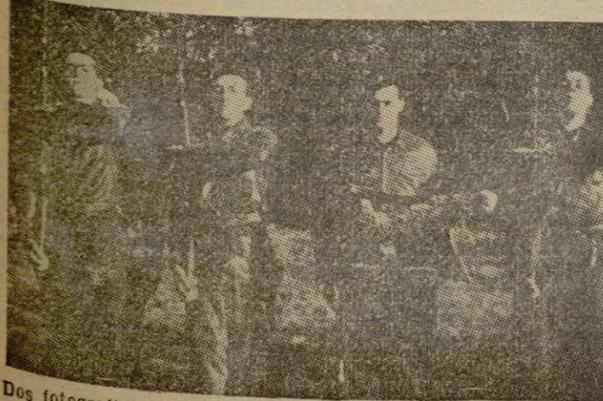
Cuando más animados estaban, les comunicaron que tenían que abandonar las armas.

Los lectores ya se habrán dado cuenta que los uniformes verdes eran los alemanes, los grises eran los rusos y los castaños eran los ingleses...

Pero, como nadie les entendía y ellos no entendían a nadie, se pasaron los seis años de la guerra disparando tiros sin saber por qué ni para qué.

Se dice que todos los soldados que han ido a la guerra hicieron también los tibetanos...

PLIN



Dos fotografías de las organizaciones de terroristas y guerrilleros rojos españoles que actúan desde los territorios franceses inmediatos a nuestra frontera y que encubren esas actividades con la pantalla de dedicarse a la explotación de los bosques pirenaicos.



En Norteamérica faltan novios o sobran novias

La guerra ha obligado a las agencias matrimoniales a remozar sus sistemas, y una de las innovaciones son los trapaperras casamenteros

(Viene de la página anterior)

Por diez centavos de dólar introducidos en la ranurilla correspondiente, el aspirante a galanteador tiene derecho a darle vuelta a una manivela, y a la velocidad que él mismo gradúa por medio de un disco colocado en la parte izquierda de la máquina, van desfilando ante sus alborzados ojos las imágenes de las doncellas dispuestas a crear un hogar.

Si el futuro cortejante queda especialmente complacido con alguna de las ricahembras que hayan tomado parte en el desfile, no tiene más que echar un dólar por la abertura correspondiente y, a cambio de su dólar, recibirá un paquete atado con una cintita color azul con corazoncitos dorados, y que contiene la fotografía de la doncella, su ficha personal —con minuciosos detalles sobre su temperamento, su carácter, sus virtudes y sus habilidades—, la dirección de su domicilio y una tarjetita con la cual el conyugable puede presentarse ante su futura esposa o bien escribirle una apasionada misiva cuyo modelo se incluye también en el paquete.

Hasta aquí, no es nada caro. Solamente cuesta un dólar y diez centavos. Pero parece que los resultados de estos conubios no son todo lo satisfactorios que una organización tan perfecta daba derecho a esperar.

El hombre bigamo es el que tiene una mujer de más; y el monógamo, también. ¿Es que esta profunda máxima donde se encuentra el secreto de que los matrimonios contratados por un trapaperras no den los resultados apetecidos, o es en el mismo procedimiento en sí donde cabe buscar la causa de las continuas demandas de divorcio que últimamente agobian de legajos a los tribunales yanquis?

Nadie lo sabe. Pero, entretanto, los trapaperras matrimoniales se extienden por todo Norteamérica con una fecundidad que desborda las previsiones más amplias.

JAIME URBINO

De corredor de libros a inventor

(Viene de la pág. anterior)

ta privaciones, y con la ayuda de algunos técnicos, construir la máquina, que mucho agradó a los industriales de aquí, que la vieron. Hoy en día—nos dice el señor Martínez—se fabrican en serie diez de esas máquinas.

quina es original y distinta de sus similares.

Esto es lo que nos ha dicho don Agustín Martínez, que bien merece que el éxito más completo corone sus trabajos, en pro de la realización de una máquina, en la cual figuran modalidades nuevas de su propia invención.

Comandancia General Base Naval de Baleares INTENDENCIA

En esta Jefatura de Intendencia se halla de manifiesto proyecto y pliegos de condiciones para efectuar la obra «TRANSFORMACION DEL PORTA-LEMETROS «CONTRAMASTRE CASTELLO» EN GABARRA ALJIBE» por un importe de 190.723'70 pesetas.

Los Industriales capacitados de esta Plaza a quienes interese dicha obra, deberán presentar el próximo viernes día 22 del actual a las 12 horas de su mañana sus correspondientes proposiciones.

Los gastos de este anuncio serán de cuenta del adjudicatario. Palma 16 de Marzo de 1946.—El Teniente Coronel Intendente de Marina de Baleares, Manuel González Mariscal.

EL MENSAJERO DE MALLORCA
 GRAN VIA JOSE ANTONIO, 18—(Frente a Correos)

Círculo al público en general su nueva organización

- SERVICIOS URBANOS:** Recogidas y reparto de mercancías en la ciudad, transporte del muelle a domicilio, retirada y facturaciones estaciones.
- RECADERO ENTRE PALMA Y BARCELONA:** Compras, encargos, envíos de paquetes y toda clase de mercancías.
- SERVICIO POSTALES:** Confección y despacho de paquetes postales y todo lo relacionado para circular por correo.

SEGURIDAD... RAPIDEZ... ECONOMIA...

Francia, bajo el terror comunista

(Viene de la pág. anterior)

ha habido un diputado inglés, norteamericano o italiano que haya protestado contra semejante barbarie!

LOS FUSILAMIENTOS ORDENADOS POR GUINGOUIN

Pero ahora no se trata de crímenes realizados colectivamente por masas que ansían venganza por la ocupación padecida. Son ya represalias de un partido político que, como el comunista francés, toma contra sus enemigos.

Y es también un periodista francés, el que acusa: M. Tourdot, revelando los asesinatos ordenados por George Guingouin, actual alcalde de Limoges. He aquí como lo retrata el articulista, en su trabajo titulado «El soviet lemosín».

«Después de que Alemania hubo roto el pacto germanosoviético, Georges Guingouin, que no había obedecido la orden de movilización, se convirtió en patriota furibundo. Con una banda de comunistas y elementos dudosos reclamados por la Policía, organizó en la Haute-Vienne un «maquis». F. T. P., es decir, rojo, que pronto llegó a ser el más importante de la región, gracias a la protección del partido. Su celebridad se debe especialmente a los pillajes memorables que cometió». Aquí empiezan los fusilamientos ordenados por este rojo francés y relatados por su compatriota Tourdot.

«El número de personas que Guingouin ha hecho fusilar antes y después de la liberación, es incalculable. Todo individuo sospechoso de anticomunismo quedaba detenido por orden suya y se le fusilaba aunque perteneciese a la Resistencia. Podemos citar entre sus víctimas — sigue el articulista— las siguientes personas: el señor Pantex (del Ejército secreto), asesinado en Saint Gilles-la-Forêt; el señor Guignard asesinado en Sougglaac; el señor Breton, alcalde de Chateaufort, asesinado en dicha población; el señor Brenac, delegado del Socorro Nacional y notario de Eymoutiers, padre de cinco criaturas, asesinado por Guingouin, quien luego fue a dar el pésame a la viuda. Estas personalidades no pertenecían a ningún movimiento de colaboración y no habían manifestado jamás simpatía hacia una política alemana. Eran, por tanto, sus sentimientos pro franceses los que constituían una culpabilidad a los ojos del jefe comunista lemosín».

Alguno se preguntará: «Pero no ha sido detenido este vandalo comunista francés? El mismo Tourdot concluye así su artículo: «El responsable de estos crímenes administra hoy una gran ciudad de Francia — se refiere a Limoges— y la gestión da idea de sus capacidades; cuando se hizo cargo de la Alcaldía había en la caja diecinueve millones de francos. Cuatro meses después, el déficit se elevaba a nueve millones. ¡Y, coincidencia curiosa, el partido comunista adquirió en esa misma época edificios suntuosos!».

FRANCIA BAJO EL TERROR COMUNISTA

En Nancy, en agosto de 1945, los comunistas exterminaron a la señora de Fougion, su madre y su hija de tres años; con Alfredo Ruhmann, su esposa y los dos hijos del matrimonio, de dos y cinco años, respectivamente. Los padres serían colaboradores; pero, ¿qué delito habían cometido los niños y su abuela?

A todo esto, en París se vive bajo un estado de terror jamás conocido. En diciembre de 1945,

el periódico parisino «France Soir», publicaba un reportaje titulado «¿Podemos salir de noche los parisinos?». Hay tal marejada de crímenes y robos en la capital francesa, que ha llegado a crear un estado de intranquilidad tan grande que los parisinos que van al cine o al teatro por la noche, procuran agruparse para regresar a sus barrios. El mismo «France Soir» aseguraba que después de las once de la noche la plaza de la Opera sólo puede atravesarse en coche blindado».

Después de esto — documentos sueltos de un estado de vida francés— ¿cabe algún comentario en torno a los sucesos descritos? Nos odian porque, como decía no hace mucho Eugenio Montes nuestra hombría les produce remordimiento de conciencia, y en fuerza de aullar, quieren ensordecerse a sí mismos.

(Viene de la pág. anterior)

caron los senos con tenazas, le acuchillaron la cara y le aplastaron los dedos de los pies a martillazos».

Más adelante, el mismo periódico proseguía:

«Se han tomado sanciones contra los que, en septiembre de 1944 martirizaron al intendente de Policía Sr. Maillada? Es cierto que éste había tenido relaciones con los alemanes, y nadie discutirá la sentencia de muerte pronunciada contra él por el Tribunal marcial de Allier Pero, ¿era necesario obligarle a cavar la sepultura con las uñas, exhibirle desnudo a la multitud, empalarlo con un mango de escoba y rematarlo en la camilla?»

Y luego otro párrafo acusador: «Se ha castigado a los miserables que transformaron el cuartel del 92 regimiento de

Infantería, en Ofermont, en anejo del infierno? Un detenido ha agonizado durante diez días, con el cráneo abierto, sin recibir ningún socorro. Otro, colgado por las muñecas en un calabozo lleno de agua, ha aguardado cuarenta y ocho horas la muerte».

Todavía «L'Epoque» tiene algo más que contar. Ya no es un grupo de exaltados «maquis» los que ejecutan venganza en un número de detenidos por colaboracionismo. Es todo un pueblo el que toma parte en un crimen abominable.

«El 6 de junio de 1945, una mujer ha sido martirizada en Aiqueperse durante dos horas por la multitud enloquecida, sin que interviniese para evitarlo ninguno de los veintiocho gendarmes de la localidad. Acusada de haber denunciado resistentes a los alemanes y señalado un depósito clandestino de material sanitario, fué condenada por el Tribunal a seis meses de cárcel, Escasa pena, si la acusación era verdadera; excesiva, si era falsa. Una vez cumplida, volvió a su domicilio. El día 6 de junio, la «justicia popular» se apoderó de ella.

La obligaron a andar descalza sobre pías de diez centímetros hasta el momento en que los pies quedaron atravesados. Luego la desnudaron, le arrancaron la lengua, los ojos y los pechos. Por último, la lincharon y la ahorcaron.»

Estos fueron crímenes realizados por la justicia popular. ¡Y así...

Servicios Municipalizados de la Ciudad de Palma

AGUAS Y ALCANTARILLADO
 Formado el padrón de los contribuyentes por utilización de los servicios de la red de alcantarillado correspondiente al año en curso, comprendidos en el sector Casco de la ciudad, se hace público que queda expuesto, a efectos de reclamación, en las oficinas de los Servicios Municipalizados, por plazo de quince días, pasado el cual se abrirá el plazo de recaudación de las cuotas asignadas, en período voluntario de cobranza.
 Palma de Mallorca, 15 de Marzo de 1946.—La Dirección.



Gratis

PARA PROPAGANDA, se le confeccionará y remitirá por correo bonito sortija de PLATA, forma sello, con foto-esmalte. Envíe fotografía y medida del dedo (una tira de papel o un hilo)

Modelo 20-A.
 Sello en plata de ley con foto-esmalte y tapa con iniciales (GRAN MODA)
 AMPLIACIONES FOTOGRAFICAS

ESTUDIOS MADRID
 Apartado 10.043—MADRID

Exquisito, cordial y familiar



MALVASIA ROBERT
 BODEGAS J. ROBERT SITGES

Al pedir MALVASIA exija la marca ROBERT
 Depositario: AGUSTIN AGUILO - San Miguel, 77 - Tel. 2523

Compañía de Seguros contra Defunciones

FINISTERRE S. A.

Agencia General para Baleares
 Olmos, 120 - Tel. 2345

Dar que reír al demonio

UN CUENTO RELAMPAGO

EL TRAJE NUEVO



INDUMENTARIA

—Necesito comprarme trajes nuevos. Todo el barrio conoce los que tengo.

—¿Y no sería más barato mudarnos de barrio?



—¿Vea usted como me ha de jado la loción que me vendió el otro día para hacer crecer el pelo!

—Bueno; entonces, pruebe con este depilatorio.



EL FOTOGRAFO: — Por que en traje de baño y salvavidas? — EL LIENTE: — Porque me traerá usted mi fotografía en el baño ¿no?



—¿Qué desea el señor? ¿La barba? ¿El bigote? ¿Sacarle bigote?



—Esta es, querido, la manera de desarrollar el cuerpo y conservar el cuerpo joven y bello. — ¡Esta es, querido, la manera de desarrollar el cuerpo y conservar el cuerpo joven y bello.



PRESTIDIGITACION — He visto un prestidigitador que transformaba un sombrero en un billete de cinco duros. — ¡Bah! Mi mujer coge veinte duros y los convierte en un sombrero.

MI mujer lleva varios meses insistiendo para que me haga un traje.

—Es indecoroso, — me dice, siempre — que vayas a tus quehaceres con ese traje viejo. Mira: se empieza a deshilar; tiene manchas de grasa que no se van; la raya que no se la ve por ninguna parte... Es verdaderamente indecoroso, no sé que decir. Tus compañeros de oficina hablarán mal de tí; y de mí, también. Si; porque es tu mujer la que debe tener esos cuidados. Observa a tu amigo Jorge, que cambia de traje tres veces al día; siempre va elegantísimo. ¿Qué papel haces tú cuando vas a su lado?

—Ya —contesto yo— es verdad. Tienes razón. De la paga de este mes, separaré cuatrocientas pesetas para hacerme un traje. ¿Estás contenta?

—Si; estoy contenta. Pero tu resolución creo que está tomada muy de prisa. Ya sabes que este mes tenemos gastos extraordinarios: mis zapatos, la prima del seguro, el bolso. Lo dejaremos para el otro mes; al fin y al cabo, tu traje no está tan mal. Creo que un mes más, puede servirte...

Han pasado apenas veinte días, se acerca el fin de mes y, mi mujer, sistemáticamente, vuelve a la carga:

—Sabes que ese traje tuyo está asqueroso? Se necesita un gran valor, sabes, para salir con semejantes harapos! Debes hacerte un traje; no se discute más.

—Pero, —objeto yo—, también este mes tenemos gastos extraordinarios. Los gastos extraordinarios son nuestro fuerte; creo que nosotros no podíamos vivir sin los gastos extraordinarios. Y por eso debo renunciar también ahora.

—¿Renunciar? —chilla, mi mujer—. ¿Pero es que estás loco? ¿Tendrás el coraje de salir otra vez a la calle con ese traje? ¿Sabes que te van a tomar por un mendigo? ¿Sabes que la vergüenza y el deshonor caerán sobre nuestra casa, sobre nuestras personas?

—Bien —respondo yo, resignado—. Quieres decir que me haga el traje, para evitar el escándalo.

Decidido. Y, en efecto, después de una decena de días, el sastre me manda un magnífico traje marrón. Yo, naturalmente, me dispongo a ponérmelo; con mayor razón, porque he de salir con mi mujer a hacer algunas visitas de cumplido.

Así vestido, con el traje nuevo, entré en la habitación de mi mujer para anunciarle que estoy dispuesto.

Mi mujer me mira fríamente, poniendo una mueca de disgusto, y:

—Pero, ¿dime? —grita—. ¿Te has vuelto loco?

—¿Loco? —me digo, sorprendido—. ¿Y por qué?

—¿Cómo, por qué? —contesta mi mujer con voz extenuada—. ¿Has osado ponerte el traje nuevo? A este paso, querido, a este paso dentro de un par de meses, como máximo nos quedamos sin un céntimo! ¡Ah, sí; de esto puedes estar seguro!

Se tira de los pelos llena de desesperación y dice que no puede aguantar más: que yo no me ocupo de la familia, que soy un egoísta, que pienso sólo en mí mismo, y asegura que este mes nos moriremos de hambre. ¡Por culpa de mi despido!

(Traduce: P. M. T.)



—Oiga, ¿Cómo ha entrado sin que se enterara mi mujer? Porque hace treinta años que yo quiero hacer eso y no lo consigo.

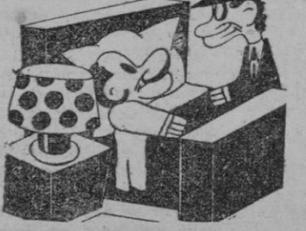


ESPIAS

—Aquí tiene el plano de la nueva máquina que está construyendo el enemigo.

—¿Y para qué es útil?

—Para limpiar sombreros.



—Hoy tose usted bastante mejor que los días pasados. —¿Es que me he entrenado!

Columna del novel

¡TANTO AMOR!
Imposible amor que surges por doquier.
¿Por qué haces vivir ilusiones de un ayer, por qué enciendes en el alma ese fuego que la abrasa, esa llama que quema el corazón matándolo en tu existencia

—No tendrás en tu existencia compasión de mi desventura? ¿No soy buena? y mala...? Imposible amor, mi exigencia no es dura.

Caminando hacia el destino con la voluptuosidad de tu poder mi vida, al final de su camino acabará un día de padecer

¡Amor! dulce palabra que al herir es mortal herida, que hace sufrir cuando es un imposible, lograr lo que tanto deseas ama y no puedes en la vida, jamás conseguiremos

Imposible amor! ¡Imposible amor! ten compasión de este dolor, de lo contrario sintiéndome morir no pudiendo sola resistir ¡Tanto amor!

T. C.
PERRO FIEL
Sultán así le llamaban al perro de un buen pastor los niños le acariciaban la cabeza con amor.

Siempre seguía al pastor en sus largas correrías y buscaba con ardor a las ovejas perdidas.

Cuando el pastor silbaba era veloz como un rayo.

en todas partes estaba para girar el rebaño.

Por la noche vigilaba cuando dormía el pastor, con cariño le miraba cuando ya salía el sol.

Siempre le acariciaba su amo con gran amor y Sultán le defendía si peligraba su honor.

Si alguna vez discutía su amo y se enfadaba, furioso el can se ponía y con recelo miraba.

Un día triste de invierno sin saber a dónde están, regresaron los borregos sin el pastor ni Sultán.

Por montes varios buscaron un día tras otro día y en un barranco encontraron lo que la gente temía.

Por el barranco traidor el hombre se despeñó y sin abandonar el pastor Sultán sobre el murió.

Sobre la roca traidora estaban muertos los dos. Sultán parece que adora el alma que ya tiene Dios. BERNARDO DE LA PENA

SUS OJOS NEGROS

A. I. G.
Que la armoniosa fuente arrulle poemas y la luna en un claro la ilumine... no me importan... No hay nada que me inspire cual los ojos negros de mi madre.

Porque en ellos: leo verdades y penas alegrías... ¡todo! hasta el por qué suspirar... Porque su ardoroso mirar despiden fulgor eterno de azabache y perlas.

Porque con ellos, soledad ro [tengo... Porque ellos... ¡en fin!... para mí lo que en mi imaginación re [tengo... Por eso; cuando por mi lado pasa me encuentro tan sólo, que, entonces me miran sus ojos [negros.

José L. LINARES

LOS TRES OCHOS

Yo divido por tres las cosas do [penas De horas que me aporta cada día Y pongo en los tres ochos mi [porfia Para saber en cuál tengo más [penas.

Ocho, para dormir; horas serenas Que paso, desvelado, en la agonía Del que teme serán, más todavía, Odiosas y pesadas sus cadenas.

Ocho, de trabajar en que me [canso Sin conseguir, jamás, lo que de [señ; Ocho, para soñar en un remanso

Del inquieto vivir en que me veo. Hasta que llegue el eternal des [canso. No darán los tres ochos más re [creo

ARTEMIO PEREZ

EXCLUSIVA DE MOTORES «VALLINO»

Compra y venta de Motores de toda clase. Compra y venta de Instalaciones de bombas de pistón BARTOLOME SOCIA S Ancha, 67 - Tel. 19 - La Puebla Informes; Jueves, Café Español Tel. 19 Inca Sábados, Bar España, Tel. 1022, Palma.

Tableo de la curiosidad

UNA IDEA BENEFICA
La idea de la organización mundial de la Cruz Roja se debe a M. Enrique Durant y que la constitución de la benemérita sociedad se hizo en Ginebra en 1863 firmando la constitución diez y siete países, a cuyo convenio se adhirió España por R. O. de 6 de julio de 1864.

LO QUE QUIERE DECIR CHINA
El nombre de China procede de la palabra indostánica «Tchina», la cual se supone derivada de «Tsin», nombre de una dinastía que hace quince siglos dejó de reinar en aquel remoto país. Los chinos desconocen el epíteto de «celestes» tan frecuentemente empleado para designar su imperio. Llamaban a su patria «Imperio del Medio» o «Imperio Central», porque añaden a los cuatro puntos cardinales un quinto punto que se llama «medio», e sea, China.

MORALEJA
Un maestro de cierta escuela puso al pie de una reproducción de la Venus del Milo, el siguiente cartel: «Esto es lo que les ocurre a las personas que tienen el feo vicio de comerse las uñas».

5 COSAS
En las islas de Hawai existe un coble número de hombres que de mujeres.

Asegura un hombre de ciencia que si bien la mano derecha es más sensible al tacto, la mano izquierda siente mejor los efectos del calor y del frío.

Dicen algunos médicos que de mil niños que empiezan a estudiar al piano antes de los doce años, seiscientos sufren más tarde en la vida fenómenos nerviosos.

La industriosa abeja no es tan trabajadora como se cree. Los naturalistas que la han observado dicen que no trabaja más que tres horas al día.

En Dinamarca, donde tan grandes cantidades de manteca se produce, hay una vaca por cada dos habitantes.

UNA ORQUESTA DE BARBUDOS

En Norteamérica, país que ha impuesto al mundo el rostro afeitado, se ha hecho muy célebre una orquesta en la que todos los músicos llevan una larga barba. Dicen que tocan muy bien y son la atracción del teatro o club donde actúan. Los pelos no estorban nada a las melodías, y esa necesaria precisión del que toca la flauta o hace sonar el trombón se hace más atilada y limpia cuando la persona que emite el aire se ha familiarizado con los pelos en la boca... Esperamos que nuestras Sinfónica y Filarmónica obliguen a los maestros a dejarse crecer la cabellera y la barba. Los conciertos ganarían mucho como espectáculo y sonoridad.

Casa Cuschieri

Modas Torino

Paseo Generalísimo Franco, 78.

Expondrá en sus escaparates los días 17 - 18 - 19 de Marzo la colección de modelos de la próxima temporada

“Modas Torino“

Barcelona - Madrid - Palma de Mallorca

Por 15 pts. Una balanza Automática de la acreditada marca Magriñá

Por 12 pts. Un medidor para aceite marca Nerbi ó Satam

Solamente durante este mes de marzo y solo cien aparatos de cada clase

Pida hoy mismo condiciones en SINDICATO, 101. M. FRAU

Estas máquinas son nuevas y van garantizadas durante dos años

TRES MUERTOS

por Leon Tolstói

— I —

Era el otoño. Dos carruajes corrían rápidamente por la carretera. Dos mujeres iban sentadas en el primer vehículo. La una, el ama, flaca y pálida; la otra, la sirvienta, colorada, lucida y gruesa. Los cabellos cortos, secos, lacios, salían por debajo del sombrero, y con su mano enrojecida, con guante desgarrado, se los arregló rápidamente. Su fuerte pecho, cubierto por una chalina, respiraba salud. Los ojos móviles, negros, seguían a través de los cristales los campos que huían, o miraban tímidamente a su ama, o bien lanzaban una mirada inquieta a un rincón del carruaje.

Con las manos cruzadas sobre las rodillas, cerrados los ojos, la señora se balanceaba débilmente sobre las almohadas que tenía a su espalda: fruncía un poco sus cejas y tosía con tos contenida. Llevaba en la cabeza un gorro de noche blanco y una pañoleta azul atada bajo su cuello delicado y niveo. La raya derecha que se perdía bajo la cofia partía sus cabellos rubios, lisos, untados de pomada; y la blancura de aquella raya ancha tenía algo de seco y de muerto. La piel lacia, algo amarillenta, no ocultaba bastante los rasgos finos y delicados de su rostro y adquiría un tinte rosáceo en las mejillas. Los labios eran secos y agitados; las cejas, ralas y rectas. La manta de viaje, de lana, hacía pliegues que cruzaban su pecho.

El zagal, sentado en su asiento, dormitaba. El postillón gritaba excitado energicamente a sus cuatro caballos, cubiertos de sudor, y se volvía algunas veces hacia el postillón que guiaba el otro carruaje. Los surcos anchos y paralelos de las ruedas se prolongaban regularmente sobre el barro arcilloso del camino. El cielo era gris y frío. Una capa de humedad caía sobre los campos y la carretera. En el interior del carruaje el aire era sofocante, impregnado del olor de agua de colonia y de polvos.

La enferma volvió la cabeza y lentamente abrió los ojos. Estos eran grandes, brillantes y de un bello color oscuro.

—Kodania — dijo rechazando el extremo de la manta de su criada, que rozaba apenas su pierna.

Su boca se arqueó dolorosamente. Matrivecha cogió con las dos manos la manta, se levantó sobre sus piernas robustas y se sentó más lejos. Su cara fresca se cubrió de rojo elar.

El ama apoyó las dos manos sobre el asiento y quiso levantarse para sentarse más alta; pero las fuerzas le traicionaron. Su boca se contrajo y su cara tomó una expresión de ironía ruf y impotente.

—Si a lo menos me ayudas. ¡Ah! No merece la pena. Puedo pasarme sin eso; pero siquiera no me echéis encima todas esas cosas, te lo suplico... ¡No me toques más si no me comprendes!

La señora cerró los ojos y de nuevo, elevando rápidamente los párpados, miró a la sirvienta. Matrivecha la miró mordiendo los labios. Un gran suspiro se escapó del pecho de la enferma; pero el suspiro, sin terminar cambió en tos. Volvióse, se crispó y se oprimió el pecho con las dos manos. Cuando cesó la tos volvió a cerrar los ojos y otra vez permaneció inmóvil. La diligencia y la calesa llegaron al pueblo.

Matrivecha sacó su mano de la manteleta y se santiguó.

—¿Qué es eso? — preguntó su señora.
—La parada, señora.
—Te pregunto por qué te santiguas.
—La iglesia, señora.

La enferma se volvió hacia la ventanilla, y lentamente se santiguó mirando con sus grandes ojos la alta iglesia del pueblo, a la que daba la vuelta el carruaje.

Los carruajes se pararon juntos cerca del parador.

De la calesa bajaron el marido de la señora y el doctor. Se aproximaron al coche.
—¿Cómo se siente usted? — le preguntó el doctor tomándole el pulso.

—Y bien, querida, ¿cómo vas? ¿No estás muy fatigada? — preguntó, en francés, el marido —. ¿No quieres bajar?

Matrivecha arregló los paquetes y se retiró a un rincón para escuchar lo que hablaban.
—Nada..., siempre lo mismo — respondió la enferma —; no saldré.

Matrivecha, saltando del coche, corrió y atravesó el barro sobre la punta de los pies hasta la puerta cochera.

—Que yo me sienta mal no es una razón para que ustedes no se desayunen — dijo la enferma con una débil sonrisa al doctor, que permanecía ante la portezuela.

«Nadie se interesa por mí — se dijo ella mientras el doctor, que se alejaba, remontaba rápidamente la escalera del parador—. Estén ellos bien. ¡Lo demás tanto les da! ¡Oh, Dios mío!»

—Y bien, Eduardo Ivanovich — dijo el marido yendo delante del doctor, que se frotaba las manos con aire alegre —. He mandado que traigan la merienda. ¿Qué le parece a usted?

—Buena idea — respondió el doctor.
—¿Qué, cómo está ella? — volvió a preguntar el marido suspirando, bajando la voz y elevando las cejas.

—Ya le he dicho que no podría soportar el viaje hasta Italia; pero Dios quiera que llegue hasta Moscú, sobre todo con un tiempo semejante.

—¿Qué podrá hacerse? ¡Ah, Dios mío, Dios mío!

Y el marido se cubrió los ojos con la mano.
—¡Dame! — dijo al zagal que llevaba la merienda.

—Sería conveniente detenernos — dijo el doctor levantando los hombros.

—Pero ¿qué podremos hacer? — replicó el marido —. Hice cuanto pude por retenerla. Hice todas las objeciones: nuestros medios, los niños que debíamos dejar en casa, nuestros negocios, nada quiso atender. Hace planes para su vida en el Extranjero, como si se encontrara buena. ¡Revelar su situación sería matarla!

—Pero es cosa perdida, debe usted saberlo, Vassili Dmitriévich. El hombre no puede vivir sin pulmones, y los pulmones no descansan. Eso es lo triste, es doloroso; pero ¿qué hacer? Mi cometido y el de usted es solamente endulzar lo más posible sus últimos días. Un confesor sería necesario.

—¡Ah, Dios mío! Pero comprenda usted mi situación si la invoco los grandes deberes. Suceda lo que quiera, yo no la hablaré. Ya sabe usted lo buena que es.

—Sin embargo, pruebe usted a exhortarla a permanecer aquí durante el invierno. Además, una desgracia pudiera ocurrir en el camino — dijo el doctor en tono de importancia levantando la cabeza.

—¡Mascha, Mascha! — gritaba con voz penetrante la hija del patrón echando una chalina sobre su cabeza y corriendo sobre la grada sucia de la escalera de servicio —. Vamos a ver a la señora de Chirkino; dicen que la llevan al Extranjero para curarla del pecho. Nunca he visto a ningún enfermo de eso.

Mascha saltó al suelo, y las dos, asidas de la mano, corrieron a la puerta cochera. Pasaron con paso lento y miraron por el cristal que estaba bajado. La enferma, con la cara vuelta al otro lado, pero observando a las curiosas, frunció las cejas y se volvió más.

—¡Madre mía! — dijo la hija del patrón volviendo rápidamente la cabeza —. ¡Tan hermosa como era y cómo está ahora!... Es terrible. ¿Has visto? ¿Has visto, Mascha?

—¡Sí, qué delgada está! — afirmó.
—Vamos otra vez a verla, como si fuésemos a los pozos. ¿Has visto? Se volvió, pero al menos he podido verla. ¡Qué pena da, Mascha!

—¡Cuánto barro! — dijo Mascha.
Y ambas franquearon la puerta cochera.
«Sin duda estoy espantosa — se dijo la enferma —. Pronto, ¡oh, lo más pronto!, al Extranjero. Allí me pondré bien en seguida.»

—¿Cómo estás, querida? — preguntó el marido aproximándose al carruaje, masticando cualquier cosa.

«Siempre la misma pregunta — pensó la enferma —, y come.»

—Bien — dijo con los dientes apretados.
—Sabes, querida, temo que el viaje te fatigüe demasiado. Y Eduardo es de mi opinión. ¿No sería mejor que nos volviéramos?

Ella se calló, irritada.
—El tiempo abonanzará, la carretera estará tal vez mejor, tú estarás aliviada e iremos todos juntos.

—Perdona. Si no te hubiera escuchado desde hace mucho tiempo, estaría en Berlín, y seguramente curada.

—Pero ¿qué quieres, ángel mío?... Eso era imposible, tú lo sabes: mientras que si esperaras un mes te hallarías bien descansada, terminaría yo mis negocios y llevaríamos con nosotros a nuestros hijos.

—Los niños están buenos y yo no.
—Pero, amada mía, comprende, pues si con el tiempo que hace te sientes peor en el camino... Mientras que en casa...



—¿Qué, qué? ¡En casa!... ¡Morir en casa!

—respondió agríamente la enferma.
Pero la palabra «morir» la espantó visiblemente. Miró a su marido con aire suplicante que interrogaba. El bajó los ojos y calló. La boca de la enferma se curvó de pronto como en los niños, y las lágrimas brotaron de sus ojos. El marido se hundió, silencioso, la cara en el pañuelo y se alejó del coche.



—No, yo iré — dijo la enferma elevando los ojos al cielo.

Juntó las manos y se puso a murmurar palabras incomprensibles.

«¡Dios mío! ¿Por qué?», decía. Y sus lágrimas corrían abundantes. Oró largo tiempo, ardentemente; pero en su pecho algo de doloroso la oprimía aún.

El cielo, los campos, el camino eran igualmente grises y sombríos. El mismo relente de otoño caía siempre sobre el barro de la carretera, sobre los tejados, sobre el coche, sobre el «tulupe» de los postillones, que se interrogaban alegremente en voz alta, mientras engrasaban y pulían el carruaje.

— II —

Ya estaba preparada la diligencia; pero el postillón tardaba todavía. Estaba en la «isbá» de los postillones.

La «isbá» era sombría, el calor era sofocante y el aire muy pesado; se sentía olor de «habitación», de pan tierno, de coles y de piel de carnero. Algunos postillones estaban allí. La cocinera estaba cerca de la estufa, y allí, acostado, un enfermo cubierto por una piel de borrego.

—¡Tío Fedor! ¡Eh, tío Fedor! — dijo un joven, al postillón del «tulupe», con la tralla a la cintura, entrando en la habitación y dirigiéndose al enfermo.

—¿Qué le quieres a Fedka, charlatán — dijo uno de los postillones —. Mira que el coche espera.

—Quiero pedirle sus botas; he destrozado las mías — respondió el muchacho sacudiendo la cabellera y afirmando sus mitones en la cintura —. ¿Es que duerme? ¡Eh, tío Fedor!, repití.

Y se aproximó a la estufa.

—¿Qué — pronunció una voz débil. Y una cara roja y flaca se levantó. La mano ancha, descarnada, pálida, levantó el «armiak» sobre su espalda cubierta por una camisa sucia —. ¡De beber, hermano!... ¿Qué quieres?

El muchacho le alargó un pequeño cubilete con agua.

—Pero ¿qué, Fedka! — dijo titubeando—. Creo que por ahora no tienes necesidad de tus botas nuevas; dámelas. Me parece que no andarás mucho.

El enfermo, doblando su cabeza fatigada hacia el cubilete y mojando en el agua turbia sus bigotes ralos y colgantes, bebía a pequeños sorbos, pero con avidez. Su barba estaba revuelta, sucia; sus ojos hundidos, vidriosos, se alzaron con dificultad hacia el rostro del muchacho. Cuando acabó de beber quiso subir la mano para enjugar sus labios mojados, pero no llegó y enjugóse con la del «armiak». Sin decir nada, respirando pesadamente por las narices, miró de frente a los ojos del mozo y reunió sus fuerzas.

—Puede que se las hayas ofrecido a alguien; entonces, tanto peor — dijo el muchacho —. Lo principal para mí es que el camino está mojado y he de ir al trabajo; entonces he pensado pedirle sus botas a Fedka creyendo que no las necesita. Si tú las necesitas dile...

Algo se puso a rodar, a roncarse en el pecho del enfermo. Se dobló, sofocado por una tos gutural que no podía vencer.

—¿Para qué las necesitas? Hace ya dos meses que no sale de la estufa — gritó espontáneamente la cocinera con voz colérica que llenaba la «isbá» —. ¿Ves el estertor? ¿Oyes? Hasta mala me pongo cuando le oigo. ¡Qué demonio le importan las botas! ¡No le amortarán con botas nuevas, y ya es hora de que se vaya, que Dios me perdone! Ya ves cómo sufre; es necesario llevarle a otra «isbá» o donde sea. Dicen que en la ciudad hay hospitales. Además, ¿no es esto insoportable? Ocupa todo el rincón, no hay sitio, y con todo y eso se exige limpieza.

—¡Eh, Serioja! ¡Ve; los amos te esperan!

—gritó desde fuera el jefe del parador.
Serioja iba a salir sin esperar respuesta; pero el enfermo, que tosía, le hizo señas con los ojos de que deseaba responder.

—Serioja, toma las botas — dijo él sofocándose; después se repuso algo—. Solamen-

te, escucha, compra una lápida cuando yo muera añadiéndome rezongando.

—Gracias, tío. Entonces las tomo; y la piedra yo te juro que la compraré.

—¡Ya lo habéis oído! — pronunció aún el enfermo.

Y de nuevo se inclinó y comenzó el estertor.

—Bueno, lo hemos oído — dijo uno de los postillones.

—Ve pronto, Serioja; mira al jefe que viene otra vez. Es la señora de Chirkino la que espera.

Serioja se quitó vivamente los inmensos zapatos destrozados y los arrojó bajo el banco. Las botas nuevas del tío Fedor venían justas a sus pies, y Serioja, mirándole, se dirigió al coche.

—¡Qué hermosas botas! Dame, que las engrasaré — dijo el postillón, quien tenía la grasa entre las manos, mientras Serioja subía al pescante y tomaba las riendas—. ¿Te las ha regalado?

—¿Estás celoso? — dijo Serioja levantándose y envolviendo sus piernas con los extremos de su «armiak». — Deja. ¡Eh, vosotros, amigos! — gritó a los caballos.

Levantó la tralla, y los carruajes, con los pasajeros, las maletas, los paquetes, desaparecieron entre la neblina gris de otoño, rodando veloces sobre la carretera mojada.

El postillón enfermo quedó en la «isbá» sofocándose sobre la estufa, y no pudiendo esputar se volvió con esfuerzo del otro lado. Después se calmó.

En la «isbá», hasta la noche, todo fué idas y venidas: se hablaba, se comía, no se cuidaban del enfermo. Antes de la noche la cocinera subió a la estufa y le echó la «tulupe» sobre las piernas.

—No te enfades conmigo, Nastasia — pronunció el enfermo—. Bien pronto tu rincón estará desembarazado.

—Bueno, bueno; eso no importa — murmuró Nastasia—. Pero, tío, dime lo que te duele.

—Todo yo estoy mal por dentro. Dios sabe lo que es.

—También la garganta te dolerá cuando toses?

—¡Me duele todo! Es la muerte que llega: he aquí lo que es. ¡Oh, oh, oh! — gimió el enfermo.

—Tápate los pies... Toma... así — dijo Nastasia envolviéndola con el «armiak» y bajando de la estufa.

Durante la noche una lamparilla iluminó débilmente la «isbá». Nastasia y una decena de postillones que roncaban fuerte dormían en el suelo y sobre los bancos. El enfermo, solo, gimieando débilmente, tosía y se agitaba en la estufa. Hacia la mañana se calmó de pronto.

—He tenido un sueño bien malo esta noche — dijo la cocinera desperezándose, mientras amanecía —. He visto al tío Fedor que bajaba de la estufa y marchaba a cortar leña. «Dame — decía —, Nastasia; yo te ayudaré. Y yo le respondía: «Pero si no podrás partir la leña». Pero él cogió el hacha y las astillas volaban, volaban... «Basta — dije yo—. ¡Estás enfermo!» «No — dijo él —. Estoy mejor». Y cuando se levantó me dió miedo; di un grito y he despertado. Tal vez haya muerto... ¡Tío Fedor! ¡Eh, tío Fedor!

—¡En efecto, puede que esté muerto! Es preciso verlo — dijo uno de los postillones levantándose.

Su mano flaca, cubierta de pelos rojos, cogaba de la estufa: estaba fría y descolorida.

—Hemos de avisar al amo. Se diría que está muerto — dijo un postillón.

Fedor no tenía parientes. Era de tierras lejanas. Al día siguiente lo enterraron en el nuevo cementerio, detrás del bosque; y Nastasia, durante muchos días, contaba a cada cual su sueño, y decía que fué la primera en advertir la muerte del tío Fedor.

(Concluirá)